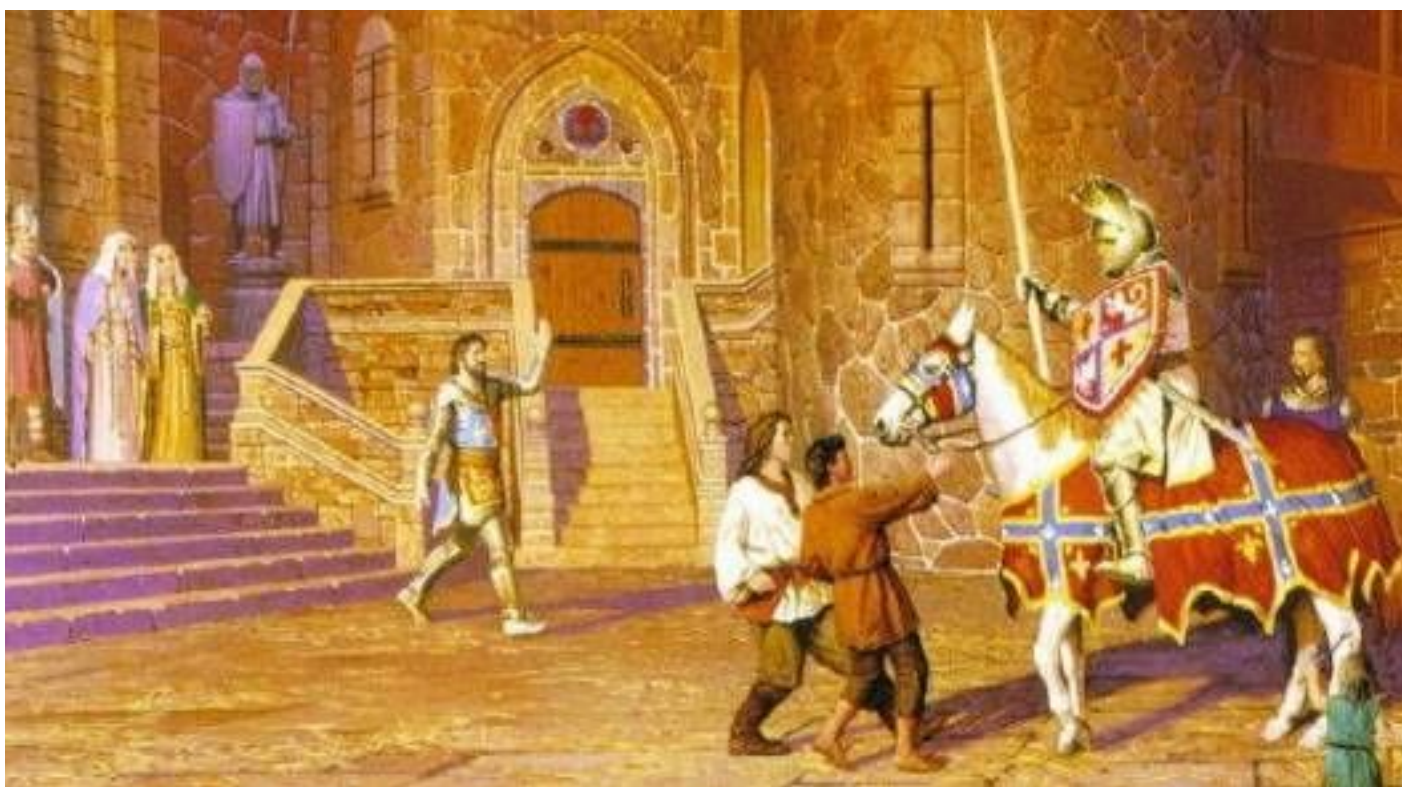


KAPILAVASTU: CIUDAD NATAL DE BUDA

Lejos de donde estos hechos ocurrían, en el palacio opulento había transcurrido siete eternos días para la princesa Yasodara. El rey ardía en rabia porque sus mejores mensajeros no regresaban con la ansiada noticia.

Estos se encontraban en Uruvilva mezclados con la multitud, embriagados con la ambrosía de la verdad que el más sabio entre los sabios predicaba, y se habían olvidado de la urgente y delicada misión de informar.

Desesperado el rey envió una comisión de alto rango comandada por Udayi, el más fiel de sus ministros, el cual fue escoltado por tenaces guerreros.



Como éstos tampoco regresaban mandó matar a Baltika por haberlo engañado (*Sabemos que los reyes practican la tracción pero condenan al traidor.*)

Hay personas, como fue el caso de Baltika, que no se dan cuenta de sus errores hasta que las consecuencias de sus erradas acciones dan su amargo fruto, y ya no tienen tiempo para corregir el rumbo. ¿Sabes, con seguridad, a que distancia te encuentras tú de la muerte?



Cuando los verdugos se disponían a cumplir la sentencia, Udayi, en su veloz caballo, regresó a palacio y gritó:

—El príncipe aún vive y se encuentra donde el prisionero señaló.

El rey se estremeció y Udayi continuó informándole:

—Ahora el noble príncipe Sidarta se encuentra transformado en el Buda majestuoso esperado por siglos.

—Nobles y reyes de lejanas tierras acuden a él y se han rendido a sus pies. Él descubrió el origen del mal y el remedio para acabar con el dolor, terminó explicando Udayi.

El rey que lo escuchaba palideció y sintió desplomarse. De inmediato Udayi reaccionó y trató de calmarlo...

—Majestad: has perdido un hijo, como todo padre ha de perderlo, pero has entregado a la humanidad un Buda quien siempre permanecerá.

El rey bien reaccionó y actuó con prudencia. Decidió esperar antes de dar una orden precipitada. Consideró mejor seguir informándose desde lejos sobre los movimientos de su hijo muy amado, mientras se le ocurría alguna idea sensata.

Bien sabía que Sidarta había adquirido un poder muy diferente al cual ningún rey tenía acceso. Podía quizás ofrecerle el reino, mas su hijo le daría el mismo valor que si le ofreciese un puñado de ceniza.

El rey Sudodana se retiró a su recámara dorada y el tronar de la noticia retumbó en la populosa ciudad de Kapilavastú.

La gente comenzó a arremolinarse en la entrada del palacio con la esperanza de un comunicado real y todos vieron cuando, por la entrada que da a las caballerizas, salía un hombre pálido y extenuado.



Su mirada baja, su bolsa llena de oro y su corazón vacío—ya que no hay herida más dolorosa que la punzada de la conciencia—, estaba carcomido por el remordimiento.

El resplandor del tesoro no lograba iluminar la oscuridad en que se encontraba el alma de ese ser desorientado el cual había comprado el dinero demasiado caro.

No obstante tenía oro de sobra para adquirir un caballo “Celestial”... si quería. El personaje que bajaba por las graderías del palacio era un poderoso y nuevo rico. Se llamaba Baltika.

DEVADATA

La noticia del príncipe iluminado se extendió como la luz del Sol. Como es natural, en su ciudad natal todos esperaban con ansias el regreso triunfal del hijo del rey convertido en Buda... Todos menos uno:



Devadata, hombre de corazón tortuoso y alma insaciable había enjambrado un odio devorador contra su primo el príncipe. La ira permanente lo había envejecido.

Cuando niños, Devadata había tumbado un cisne con certera flecha y Sidarta se lo había quitado para sanarlo y devolverlo al firmamento.

También, cuando jóvenes, el príncipe le había ganado en todas las pruebas en la arena cuando Devadata quería vengarse impidiéndole el matrimonio con la hermosa Yasodara.

Ahora su corazón envidioso y traicionero no resistía saber que Sidarta regresaría convertido en Buda, reverenciado y apreciado por todos. Devadata sintió hervir su sangre y sus venas se hincharon de odio. De inmediato tejió en su mente un pensamiento malévolo a la sombra de una idea criminal.

Se dirigió a la ciudad de Radjagría. Sabía que Buda pasaría por allí antes de llegar a su ciudad natal. Con mentirosas ilusiones convenció al príncipe Agasatre, hijo del rey Bimbisara, quien reinaba allí, para que formaran

una orden monástica que les diera fama y gloria.

Para el efecto reunieron mendigos, faquires y ascetas desorientados. Los obligaron a llevar disciplinas severas, en medio de ritos y ceremonias complicadas dirigidas a los dioses, y los hacían caminar hasta la inconsciencia. Les aseguraban que del cielo llovería favores a quienes practicaban tales austeridades.



—El camino que enseñaba Buda—les aseguraba Devadata— es suave y carece de eficacia; y los convenció para que desacreditaran la doctrina del Sublime, antes de conocerla.

EL REY BIMBISARA

Cuando Gautama se aproximaba a Radjagría acompañado de multitud de discípulos, incluyendo al famoso maestro de los Jatilas, además de nobles y ricos mercaderes con sus esposas quienes los seguían.

El rey Bimbisara vio en este hecho la oportunidad más propicia para tomar el reino enemigo por

sorpresa, esclavizarlo y desatar una explosión nefasta de barbarie.

El padre de Buda era su más peligroso enemigo, y el mismo príncipe Sidarta había prometido someter a Bimbisara. Ahora llegaría a su ciudad sin ejército; solamente traía una escudilla de mendigo donde guardaba su provisión diaria de alimento

Lo podía capturar fácilmente y esclavizarlo para así obligar al rey Sudodana a capitular. Además, con la complicidad de Devadata, quien odiaba de muerte a Sidarta, trasladarían todos los seguidores de Buda al príncipe Agasatre, su hijo, quien trataba de fundar una orden monástica que les diera poder y fama a todos.

La avidez de poderío impulsó a Bimbisara a salir al encuentro con el Sakia Muni. Sólo con unos cuantos generales y sacerdotes lo acompañarían dado que éste no ofrecía peligro. Así pensó:

—No se debe desenvainar la espada contra un piojo. Luego fingiría un amistoso recibimiento para enterarse del porqué seguían al maestro con tanto fervor y así dominar la situación con fina astucia. No quería Bimbisara despertar sospechas del traicionero plan que orbitaba en su mente. Pero, así como la tempestad revuelca el agua del río, de igual forma sus deseos sucios y nocivos le habían enturbiado sus ojos.

Hubo gran despliegue de información ya que Bimbisara quería dar popularidad al inusual caso de “rey capturando y esclavizando a otro rey.” Llegó la hora de la traición:

El monarca, después de sonreír y dar la falsa bienvenida a los recién llegados, ordenó repartir provisiones. Sus generales organizaron la multitud en un extenso y agradable campo florido para escuchar en silencio las palabras de Buda y tratar de contradecirlo ante el pueblo.

La concentración fue grandiosa y festiva: Aristócratas y caballeros, orgullosos mostraban sus abultados turbantes bordados en pedrería. Mujeres de exótica belleza lucían rutilantes y macizos brazaletes de oro, desde muñecas hasta los hombros.

Bailarinas dejaban ondear sus finas sedas como velas que el viento hincha. Todos estaban allí para conocer un príncipe apuesto y sabio venido de un lejano reino.

También, en los alrededores, como hongos brotaban mendicantes, fakires, adivinos, y algunos sabios sedientos por escuchar las palabras del Iluminado.

COMENZÓ EL SUCIO ATAQUE

Un general en cuyos hombros se erguían pesadas culpas se atrevió a preguntarle a Buda:

— ¿Cuál es la filosofía tan elevada y complicada que enseñas?

A esto Buda le respondió: —Los conocimientos más útiles son los más sencillos; por eso la verdad que enseño es simple: Primero, no hacer el mal y, segundo, si puedes, haz el bien.

—Si eso es todo —replicó el general—, cualquier niño de ocho años lo sabe.

Buda le respondió: —Pero ninguno de ochenta años lo cumple—.

Con respuesta tan atinada el general se aplacó; sin embargo dijo: Maestro, he encontrado fallas en muchos de lo que te siguen.

Buda habló: —Aprovecharás más el tiempo buscándole cualidades al malo que tratando de encontrar pecados en el bueno.

—No vemos las cosas como son sino como somos. Por ello no juzgues, no critiques. Porque hay conductas que parecen ridículas pero sus ocultas razones pueden ser sabias.

—Algunos se consideran perfectos porque exigen lo más cómodo para sí mismos; por tanto este mundo necesita más modelos que críticos.

—Como un elogio considera el sabio las críticas del ignorante y nadie que sea humano tiene derecho a criticar las faltas en sus semejantes. Es mejor encender una vela en la oscuridad que maldecir la noche.



—Nunca critiques, nunca condenes, siempre perdona. Esa también es mi enseñanza. Al oír lo anterior la boca del general no tuvo fuerzas para abrirse más.

Se acercó entonces un encumbrado sacerdote que hacía sacrificios con animales para calmar la ira de los dioses. Tenía sus ojos más llameantes que las antorchas que utilizaba en sus rituales. Era un juez vengador y temible. Le dijo a Buda:

—La caridad, y no lo que predicas, es la forma de llegar al cielo. Buda le respondió:

—En realidad no podemos esperar felicidad para nosotros sin contribuir a la dicha de los demás. La compasión es el sentimiento más elevado en el hombre; pero si llenáis el mundo de orfanatos y convertís todas las casas en asilos, no acabaréis con la miseria humana.

—Muchos utilizan la caridad para encubrir sus faltas: Explotan a miles y se mofan de beneficiar a uno. Para éstos la caridad es solo una expresión de remordimiento.

—Si los ambiciosos renunciaran a la codicia de acapararlo todo para sí, los bienes alcanzarían para todos... y ya nadie necesitaría de la caridad, pues la miseria no existiría.

—Demostrado esta que los mayores males de este mundo provienen de la explotación del hombre por el hombre.

—Si hacéis mal a unos para tratar de llevar al cielo a otros, estaréis creando más dolor del que pretendes evitar con una caridad mal interpretada.

Un renombrado sacerdote Brahman le inquirió: —Maestro, debes saber que la palabra de la ley ya está escrita en gruesos libros sagrados y debe reinar en nuestros pensamientos. Al respecto Buda le respondió:

—Lo que a las mayorías les impide encontrar la paz es el exceso de información. Una palabra es un pensamiento sonoro y un pensamiento es una palabra silenciosa. Mas, ambas cosas se diluyen en la nada. Lo que vale son los hechos buenos o malos que se hagan.

—El saber —continuó Buda— es comunicable con palabras, mas la sabiduría no. Sólo aquellos que llevan una vida ejemplar pueden ser maestros de sabiduría.

—Existen miles que predicán como filósofos pero viven como necios; otros dictan muchas leyes pero no hacen justicia. Por tanto, mejor que mil palabras inútiles, es una sola palabra que brinde paz. —Y terminó diciendo Gautama:

—En mi doctrina no se alaba el intelecto sino la pureza de corazón. El saber es bueno pero no sirve para nada cuando no se practica. Obrando es como se adquiere la verdadera ciencia.

Después de oír esto todos callaron y se dispusieron a escuchar las palabras que el Buda dirigía a la multitud. Lluvias de almas entenderían el lenguaje de su corazón.

Cuando el sublime se disponía a pronunciar el sermón de su llegada a la ciudad enemiga de su padre, nadie notó cómo un hombre enigmático, alto y grueso, de fornidos brazos y puños de acero, se ubicó estratégica y peligrosamente entre Buda y el rey.

Estaba vestido de monje y ocultaba su rostro. También su ira. Nadie sabía de los planes asesinos que, quizás, Devadatta había elaborado contra Buda.

